

KARI PALONEN, *The Politics Of Limited Times: The Rhetoric of Temporal Judgment in Parliamentary Democracies*, Nomos, Baden-Baden, 2008. 264 páginas.

Decía Hannah Arendt (1906-1975) que la política “trata del estar juntos y los unos con los otros de los *diversos*”, y continuaba: “Los hombres se organizan políticamente según determinadas comunidades esenciales en un caos absoluto, o a partir de un caos absoluto de las diferencias”¹. De esta forma, las disconformidades se desdoblán en torno a las percepciones de nuestras particularidades, y en especial de los límites y horizontes de la propia vida humana en sociedad. Así las cosas, el trabajo de Kari Palonen se arregla intelectualmente, desde sus primeras páginas, con los pies en la tierra. Se ocupa límpidamente de la pertinencia de las demarcaciones reales de todo lapso humano, dentro de la actividad política.

Como recuadro de tratamiento, el tema retórico es capital. El ágora de la política contemporánea se circunscribe a la dinámica parlamentaria, al *locus* representativo, al correcto balance de quehaceres y cuidados, muy distinto al asambleísmo, donde, sin duda, se habla de excesos. Los parlamentos, al menos idealmente, consiguen controlar al ejecutivo, incorporar enfrentadas evoluciones ciudadanas, bosquejar un fresco de las minorías políticas, ... asemejando un laboratorio temático. Nivelan entre poderes y, de la manera más realista, calan los intereses de los partidos políticos, lo que hace que se conviertan, evidentemente, en máquinas incesantes de

decisiones deliberadas. En tiempos de realidades mediáticas, también se enfrentan a los pesos mediáticos y al mundo de la *doxa* digital o 2.0. Los parlamentos definen, junto a los electores, las perspectivas y métodos para el bien común. Más allá del número de cámaras, de la fuerza mayoritaria —o no— y del tema de las coaliciones, parecieran seguir siendo un espacio fiable para proponer metas dentro de una perspectiva que incluye períodos, objetivos, áreas, límites y evaluación de tareas.

En el capítulo uno, *Times of Politics*, Kari Palonen presenta una lectura del tiempo de la política, avanzando un repaso a la propia complejidad de las democracias parlamentarias. Se revisan, a manera de las capas de una cebolla, temas clave, en función del tiempo de vida: los llamados *momentum* aparte de la evaluación de duraciones y calendarios. El autor nos muestra que hay que saber jugar con el tic-tac del reloj de la realidad sociopolítica, y que al final del día es un arte sorprendente, en donde *Cronos* y *Kairos* —*fortuna* y *virtú*, diría Niccolò Machiavelli (1469-1527)— se entremezclan con la cotidianidad de un político en tiempo real. Aquí, autores como Jean-Paul Sartre (1905-1980), Walter Benjamin (1892-1940), Reinhart Kosselleck (1923-2006) y Max Weber (1864-1920) sirven de contrapuntos y amarres a los temas de la realidad generacional, la libertad, el largo aliento —en

¹ Hannah ARENDT, *¿Qué es la política?*, intr. de Fina Birulés, trad. de Rosa Sala Cargó, Paidós I.C.E./U.A.B., Barcelona, 2006, p. 45.

fin, el llamado espíritu seglar— en vínculo con la edificación de un mundo ciudadano trenzado de palabras, reflexiones, decisiones, responsabilidades y recursos escasos. El *momentum* —esto es, la “habilidad del agente político para convertir el tiempo en ocasión” (p. 27)²— será la herramienta imprescindible para que este animal social que es el parlamentario o el político activo se desenvuelva como un agente del cambio en su entorno y circunstancias.

En principio, para el decisor las líneas de acción se pueden abrir infinitamente como si de un diagrama de árbol se tratara; pero en el tiempo histórico presente no pueden perderse de vista la urgencia y la prioridad. Aquí, el calendario juega un papel fundamental: el programa político, al que subyace el ideario que conecta con las grandes mayorías, plantea el desarrollo de las actividades en términos generales. Al mismo tiempo, la agenda mensual, semanal o diaria estructura la faena estratégica de amplio espectro.

El *momentum* se refleja a lo largo de la obra cuando se combinan sabiamente los estados variables del propio quehacer humano, toda vez que indistintamente el agente político es primeramente candidato, luego será un funcionario elegido y luego funcionario en ejercicio. Igualmente, se deben prever las diversas situaciones que marcarán el fin del periodo de ejercicio, la transición y la rendición de cuentas.

Tal vez —y solo bajo el escrutinio público más simple— serán las visiones de

corto alcance las que le den mala reputación al ejercicio de la construcción de sociedades con sentido de progreso, pero eso ocurre solamente cuando se las observa como un mero accidente de declaraciones cotidianas, y no como una sucesión de deliberaciones con un fin posterior. La tesis de Palonen es que “los políticos profesionales se han vuelto mucho más competentes en este arte que otros ciudadanos-votantes” (pp. 32-33)³. En pocas palabras, al contar con un tiempo limitado, las experticias retóricas cumplen una labor táctica, enmarcada dentro de un juego estratégico mayor. Este juego no se descubre ni proclama constantemente, pero existe, como una combinación de jugadas probables, dentro del tablero mental del dirigente experto y capacitado. Dicho juego de posiciones debe ser plástico y flexible, en vista de que las directrices y responsabilidades dentro de los partidos políticos pueden ser brida —o apoyo— para el político activo, dependiendo del contexto.

Como el autor reiteradamente nos recuerda, cada capítulo de esta obra se relaciona polémica y lógicamente con distintos aspectos del tiempo —pensemos en una definición todavía valiosa, como la del estado de las cosas sujetas a mutación— y su conexión con la democratización de los espacios, los discursos y la alternancia en el poder. En vista de que cada lapso tiene una realidad —externa e interna— desigual, es en los asuntos políticos que requieren de un trabajo diario cuando en

² “[A]bility of the political agents to utilise time as an occasion”.

³ “It is my thesis that professional politicians have become much more proficient in this art than other citizen-voters”.

mayor medida la disposición, el oficio, la propia biografía intelectual, la pericia intersubjetiva y la habilidad artesana del parlamentario se ponen a prueba. Así, el análisis del entorno asoma con un papel preponderante, y es cuando el científico y el político se dan la mano en una sola persona, articulando al mal llamado *olfato* junto al intuicionismo sistémico. De tal manera, en la mente del parlamentario concurrirán todos los módulos analíticos en una decisión racional, toda vez que se confronten las inspiraciones y percepciones individuales, frente a la *data* pura y dura.

Para Palonen la política tiene un ritmo, una suerte de cadencia cíclica cuya mejor demostración se da en los tiempos pre electorales y electorales. Hablamos de los términos *recurrencia* y *regulación*. Este ritmo se registra en una serie de características *cuasi naturales* de evolución e integración de nuevas propuestas, de mantenimiento —o no— de las anteriores. Se podría decir que es una suerte de *aufheben* hegeliano de dimensiones intermedias y de alcances controlados.

Para nuestro autor, el parlamentarismo posee claramente una cultura retórica. Así lo afirma en el capítulo cuarto, *The Rhetorical Times of Parliamentary Politics*. De cierta manera, los parlamentos soberanos son el lugar —los *loci*, en clave retórica— donde se lleva a cabo la discusión política. De hecho, la *disputatio* cuenta allí con el escenario óptimo. El parlamento no es un lugar de reunión más, no es un club, no es una sociedad secreta, no es una peña de amigos, no es un círculo de lectores o un

centro de *doxa* irresponsable. Así lo demuestran los procedimientos, los manuales de debate, la propia transformación de los procesos de entrada, salida, permanencia, validación de las decisiones, los referendos públicos y la edición y publicidad de los temas examinados. El contexto social y político resulta cardinal en este apartado, al resaltar u ocultar las potencialidades de un espacio de discusión seguro para los actores, que no aparezca ningún riesgo de sufrir daños físicos, reprimendas, vetos políticos o el inicio de causas civiles —sin dejar de lado otros efectos para nada ficticios en diversas latitudes como la amenaza, la muerte, el exilio o la cárcel.

Por otro lado, en el trabajo de Palonen no hay renuncia a la arquetípica. Sabe que existen distintos tipos humanos, y que en términos de estilo, modo y talante, las cualidades de los profesionales del debate también son parte de toda investigación. Aquí, la influencia weberiana sigue siendo consistente, y el autor así lo destaca. Al final, el político se enfrenta a, y debe manejar, contenidos tales como “*la densidad, la intensidad y la reflexividad*” (p. 225)⁴ ante el tiempo, que pertenecen, en cierta medida, a épocas discontinuas, toda vez que se es un agente y por lo tanto causante, generador o provocador de transformaciones en sus múltiples entornos de operación.

El tiempo real y el corto plazo son un principio práctico y sobre todo una prioridad operativa para el político en ejercicio. De manera que su músculo deliberativo, su fuerza retórica, para bien o para mal, se

⁴ “[D]ensity, intensity and reflexivity”.

encontrará por encima de la de cualquier otro ciudadano-votante. Resulta inseparable aquella atención prestada por el profesional parlamentario sobre el entorno de la querrela. Al mantener un entrenamiento constante —en especial en contenidos de discusión ante distintos frentes— está al corriente de la pertinencia y el *timing* en la apertura o cierre de debates, del seguimiento de temas de corto y largo aliento, de la generación de pausas consensuadas en las controversias, de la formación de alianzas temporales, amén de un largo etcétera en temas relacionados con la proxiémica, el mantenimiento del orden temático y los cierres afectivos y cognitivos.

En el capítulo final, *The Temporal Subtext of Parliamentary Politics*, se aprecia un viaje al sentido común, al planteamiento de horizontes claros. Los pronósticos de corto alcance no solo poseen el don de la precisión y el reacomodo, sino que para la política parlamentaria resultan una virtud, e incluso su mayor fortaleza. El sufragio igualitario, la alternancia en el gobierno y los procedimientos de un estilo retórico que convenza —pero que instruya a su vez— son claves para la subsistencia y perfeccionamiento de una política parlamentaria sana, viva y, en especial, más democrática y más justa.

Sin duda, este texto, al margen de su fidelidad y hondura contra fondos teóricos como el sufragio y la revisión del parlamentarismo inglés y francés, enlaza con una dimensión contextual de la historia de los conceptos, procurándole herramientas al político activo y a los ciudadanos-votantes para colocar en perspectiva su actividad diaria. Kari Palonen invita a reflexionar tanto al teórico político como al ciudadano común, dejando muy en claro que la práctica retórica, enmarcada en el tiempo presente, genera un fortalecimiento tangible de las instituciones de la democracia y de los ciudadanos. La participación de estos últimos será clave para que la representatividad sea más eficiente y legítima, de manera que no solo se adapte a los cambios, sino que también los produzca. La retórica, en su más amplio espectro, nos civiliza y ayuda a reconocer las necesidades de los otros. Al fin y al cabo, como señalaba Platón (*circa* 428/427 a. C.-347 a. C.) en el *Gorgias*: “Supone en el alma tacto, audacia y grandes disposiciones naturales para tratar con los hombres”⁵.

JOAQUÍN ORTEGA

⁵ PLATÓN, *Protágoras, Gorgias, Menón*, ed. de Óscar Martínez, Edaf, Madrid, 2007, p. 155 (463a-463b).